

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id
—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará en un plazo de treinta días, en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

El problema del Riff

Los telegramas de Melilla que venimos publicando corroboran que los rifenos convencidos de su impotencia para luchar con el aguerrido y pundonoroso ejército español, siguen realizando actos de sumisión de tanta importancia, que pueden considerarse sometidas a España la mayoría de kábilas, figurando entre ellas los más significativos jefes de las mismas.

El Sultán Muley Hafid que en los comienzos de la guerra se presentaba en actitud dudosa, al percibirse de la fuerza y poderío de nuestra nación cambió de táctica y púsose al lado de los españoles favoreciendo la labor de nuestras sufridas tropas.

Los duros castigos que nuestras tropas victoriosas impusieron a los rebeldes, sumado al proceder actual del Emperador de Marruecos y de sus súbditos del Riff hacen suponer que la paz por ahora está asegurada en aquellos agrestes territorios.

Toca pues, en los momentos presentes, al Gobierno español, aprovechar en favorables circunstancias para afirmar nuestras posiciones conquistadas.

La expansión natural de España, marcando nuestros destinos en el Imperio de Marruecos y a ella se debe ir, sin recelos ni vacilaciones, con ó sin anuencia del sultán.

Las potencias sin exposición alguna apoyan y aprueban el proyecto de nuestra nación en aquellas tierras salvajes; y la aprobación por parte de los hombres de Estado, no se extrañan en sus gestiones de lo pactado en el acta de Algeciras.

La política de atracción que se está poniendo en práctica tiene dando los apetecidos resultados y es seguro que cuando los rifenos se den estrecha cuenta de lo que significa para ellos una vida de paz, de trabajo y de prosperidad, tan opuesta a la errante y llena de miseria que hoy arrastran, se pongan abiertamente del lado de sus protectores y entonces habrá llegado la ocasión de que España cumpla abiertamente, la misión que su situación geográfica permite.

La labor será larga para que se efectúe todo el éxito debido; pero se impondrá en bien de la patria y a rezar. Que hoy rije nuestros destinos.

VOLTEJEANDO

Senti llanto, suspiros y rezos.
La tarde moría
y por alba cortina de encaje
el sol débilmente su lumbrer cernía.

Desgranaba sus rítmicas notas
el ave poeta,
y la esquila de iglesia cercana
con místicas voces llamaba al asceta.

Mariposa de vuelo inconstante
rondaba mi techo,
y la luz vaciante desgranando
su espectro gigante pintaba en el techo.

Como asciende la nube de aromas
mi alma subía,
distendiendo la cuerda vibrante,
hillo sonoro que al cuerpo te unía.

Volteaba su ramba en lo hondo
un mundo mezquino,
arrastrando por órbita extraña
con rudos vaivenes su triste destino.

En lo alto fulgentes destellos,
chispazos, centellas,
llamaradas de ardientes colores,
brillar de luceros y lluvia de estrofas.

Restallar de cantares y besos,
suaves arrullos,
y del santo gozar de las almas,
los dulces, los vagos, los ledos marmu-

ros.

Ya volaba feliz a mi encuentro
un alma perdida;
ya encontraba mi espíritu errante
la dicha soñada, la patria perdida.

¡Ah! ¿Por qué con sañuda crudeza
cortaron mi vuelo?
¡Es tan triste soñar que se goza
y, enfermo y cansado, mirarse en el

agua!

Como gota de lluvia mi alma
veloz descendía,
pues cobraban la cuerda vibrante,
hillo sonoro que al cuerpo te unía

Senti llanto, suspiros y rezos.
¡Salvado, Dios mío!
¡Y al sentir sus caricias ardientes,
la pobre alma mía tembaba de frío!

Emma Calderón y de Gálvez,
Cádiz 1909.

DE SOCIEDAD

Procedente de Palma de Mallorca ha regresado a esta población nuestro querido amigo y paisano, el contador de navío D. Antonio Celeda.

Ha salido para Alcantarilla nuestro querido y distinguido amigo el coronel jefe de la Comandancia de Artillería del este plaza D. Enrique Sánchez Bernal.

Con motivo de las vacaciones de

Navidad ha regresado a esta Ciudad el joven alumno cartagenero de la Escuela de Ingenieros de Minas don Juan Aparicio Romero

Ha sido pedida la mano de la bellísima y elegante señorita Rosarito Linares para nuestra querido amigo el señor de navío D. Nidofo Fontenla.

Para éste acto han venido de Ferrerol los padres del novio.

La boda se celebrará en breve. Felicitamos a los futuros esposos

CUENTO DEL SABADO

La mujer y las rosas

En un apartado rincón del jardín había dos rosales distintos, y en cada rosa había una rosa abierta.

Era la una roja como una llama. Era la otra pálida como un lucero. Aquella, pomposa y hueca, de penetrante aroma. Esta, de grandes hojas levemente azadas, de suave perfume.

Si un beso pudiera cuajarla en la vida, la rosa roja dijera que la rosa encendida era un beso que cuajó el amor. Si un suspiro de una doncella enamorada pudiera alguna vez revelar material hechura, la rosa pálida semejaría un suspiro que tomó a los ojos de un poeta la forma bella de una flor.

Particaban las dos rosas de un aroma. Un arceño indiscreto y liviano se besaba, recogía al besarlas su chachara sabrosa: que de una en otra iba llevándose por el jardín a todas partes.

La rosa pálida decía:—Hasta ahora hemos hablado no más que de nuestra vida, que es bien breve; de la luz del sol, a cuya cariñosa abrasación nuestras hojas; del bienhechor rocío de la mañana; de la primavera en que vivimos; de las caruposas que nos llevan la miel; de las blancas mariposas que nos cuidan, que nos besan y que nos besan. De nuestra vida en fin. ¿Queréis que hablo también de nuestra muerte?

Y la rosa encendida le replicó:—Torpe se me figura hablar de la muerte cuando se puede hablar de la vida y gozar de ella; pero, pues tú lo deseas así, hablemos también de la muerte. Dime: ¿cómo quisieras tú morir?

—¡Oh! Si yo muriese como quisiera... ¿Qué me importa morir? Yo daría este aroma que me hace tan preciosa, a trueque de dormir el último día de nuestra vida, la de los ojos negros, la de las manos blancas y suaves.

La rosa roja rió de oír a su compañera, con risa de burla y menosprecio. Y luego dijo:

—En el seno de nuestra amistad... ¡Menguado ideal! Junto a los engaños que ella tiene, ¿qué poder tendrían sus encantos?

—Siempre fuiste más presumida que yo. ¿Qué me importa lucir, próxima a la muerte? Para lucir, tengo mi bello ahora; para morir, quiero luego aquel lecho. ¿Quieres decirme cuando supiste que iba a morir, cuando supiste que me iba a morir, cuando supiste que me iba a morir?

—Te deshojarías, neciamente, y deshecha ya, ella misma te arrojara al fin en cualquier parte.

—¿Y si al arrojarme lejos de mí me daba un beso? Desde que vivo, este beso de aquella boca, que se parece a tí, es mi ilusión para morir contenta. ¿Y quisieras, rosa gorda que te descubra todo mi ensueño?

—¿Por qué no? Me río con tu simpleza inocente.

—Pues oye: quisiera yo... ¡ay!, ¿cómo podría ser esta ventura—quisiera yo, como ya te he dicho, reposar en un lecho de tu seno, oír tu voz y sentir tu calor.

—¿Y quisieras que me besara con el amor más puro. Y quisieras después... ¿me escuchas?

—Si quisieras que por súbita inspiración de tu alma, nacida a caso de un pensamiento de amor que te pasara por la frente, me cogiera entre sus manitas temblorosas, me llevara al más apartado y misterioso sitio del jardín, y en él, segura de su soledad, ya encendida de esperanzas como tú, ya de sobresalto pálida como yo, fuera con tierna y candorosa delección arrancando mis hojas una a una...

—¿Me quieres?... ¿Nome quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres...

—Calla, calla, que no hay paciencia para oír mucho tiempo tamañas tonterías. ¿Qué muerte ambicionas más simple, más miserable y más obscuro? ¿Ni siquiera has pensado una vez morir en un jarro de oro y cristal, en los brillantes salones de esta casa, admirando a todos? ¿No te has impresionado jamás la idea de que nuestros amigos, ya de las blancas manos, te regalie por dicha a un caballero de su más grande predilección, y el caballero, con orgullo y cariño, como quien conserva y guarda un tesoro, te guarde y te conserve a tí? ¿No te gustaría la invidiosa muerte—que acabas de pintarme, por la gloria de vivir tus últimos momentos sobre la mesa de un poeta lleno de juventud y entusiasmo, que centrara el amor y la vida? Te digo, hermano, que estoy muy lejos de partir contigo el ideal de nuestra muerte.

Aquel llegaban en su coloquio las dos rosas, cuando apagó sus voces una risa fresca y juvenil, y surgió como por encanto ante ellas la gentil figura de su amiga.

—¿De palique, verdad?—preguntó con malicia graciosa.

—No se atrevieron a negarlo.

—De palique, sí.

—¿Y cuál de las dos es la que sueña con morir en mi seno?

—Yo soy dueña y señora mía—respondió temblando, como si el viento la azotara, la rosa de las hojas pálidas.

—Y tú, en cambio, ¿dejaditas mi pecho, mis caricias, el soplo de mi aliento, el calor que yo había de darte?... ¡Verdad, rosa encendida?

—Deshecha, no; he dicho—respondió la flor estallando de orgullo—que, pues, he de morir, hallo otras muertes preferibles.

La dulce amiga, entonces, le de los ojos negros, miró a la rosa pálida, con ternura infinita, suprema; besó sus labios delicados, aspiró con deleite su exquisito perfume, y con sus manos blancas y suaves cortó del tallo en que se mecía la rosa encendida, y la prendió en su pecho.

—En la boca pálida como un lucero brillaban unas gotitas cristalinas, que se gran roto que cayó del cielo, sino lágrimas que brotaron de ella. De la rosa roja como una llama desprendió una hoja, que en la dorada arena del jardín pateaba una gota de sangre.

Como hoy revuelto, pero no con ganancia de pescadores, está la cuestión política. Unos dicen que el alcalde señor Jorquera ha presentado la dimisión de su cargo, otros que no; varios designan algunos de los concejales recientemente elegidos para ocupar la

El arceño indiscreto y liviano me vio sus alas y voló rápido por doquiera, refiriendo a las otras flores a extrañas aventuras.

S. y J. Alpeques Quinteros.

Los Premios Nobel

Según las informaciones de la prensa extranjera han sido adjudicados y los premios Nobel correspondientes al presente año.

El premio de Literatura se ha concedido a Mlle. Selma Lagerlof escritora sueca.

El premio de Química al profesor Wilhelm Ostwald, alemán profesor hasta hace poco tiempo en la Universidad de Leipzig.

El premio de Medicina al profesor Theodor Kocher, suizo residente en Berna.

El premio de Física ha sido repartido entre M. Marconi, italiano, inventor de la telegrafía sin hilos, y el profesor alemán Ferdinand Braun, de la Universidad de Strasburgo.

Y el premio de la Paz ha sido también repartido entre Mr. Auguste Beernaert, antiguo presidente del Consejo de ministros de Bélgica, y Mr. Estournelles de Laage, actual senador francés.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

Por fin parece que se va arreglando la cuestión de espectáculos para las fiestas que se aproximan.

Tras del intento, fracasado por desgracia, de presentar en el Teatro Principal la compañía de ópera italiana del Sr. Giobvanni, parece que el activo empresario de dicho coliseo Sr. Búyolo está en tratos con la compañía dramática que dirige el primer actor D. Felipe Vaz.

Si la noticia resulta cierta, y la citada compañía viene al epiliseo de la plaza del Rey podemos darnos por satisfechos y conformarnos en parte de la falta de Ópera italiana.

Como hoy revuelto, pero no con ganancia de pescadores, está la cuestión política.

Unos dicen que el alcalde señor Jorquera ha presentado la dimisión de su cargo, otros que no; varios designan algunos de los concejales recientemente elegidos para ocupar la

—¡Dichosa si solo el agua de tu atención fuera objeto!
—¿Pues qué otra causa?
—El amor.
—¿Amor?...
—Que en tus ojos leo,
y en el carmin que imprudente
ya tus mejillas tiñendo.
—No, no te disimulas,
que Amor, como niño y ciego,
ni entiende de disimulos
ni sabe ocultar su afecto.
Y si no, dime, regalo,
y acorta el paso un momento:
¿qué ves bajo aquellos olmos
que sombrean corpulentos
el camino de la fuente?
—¡Es él!

—¿Es él? ¡vive el cielo
que esa exclamación arranca
lo que ocultas en el pecho!
El es, y Dios ¿quiere niña
te desengaña a tiempo.
—¡Desengañarme!...
—Si tal;
que por tu inocencia tiemblo,
y un bien hacerle procuro.

—¿Bien decía?
—De mucho pecho.
—Os burlas.
—Muy mal me juzgas.
—¿Qué bien es ese?
—Un consejo.
—¡Rico don!
—El más hermoso.
—que puede ofrecerte un viejo
cuya cabesa blanca
la aleve de ochenta inviernos.
—Sepámosle pues.
—Escucha,
y siempre presente tenlo:
—No te enamores zagala,
de moñito forastero;
que en volviendo las espaldas
si te he visto, no me acuerdo.

—Zagala, la más hermosa
que éstos verdes prados vieron;
la de la tez nacarada,
la de los ojos de cielo,
¿dónde vas, zagalica,
1880.

—Miseria de mí; el ingrato
huyó por siempre! No puedo
ocultar mi desventura;
escarnio será del pueblo.
—Harto deplo, zagala,
y si quisieras un consejo.
—¿Quién mitigará mi pena?
—El desengaño y el tiempo,
que son de nuestra existencia
los amigos verdaderos.
De ellos aprendí zagala,
y ellos me inclinaron, ellos
a advertirme no fiaras
en el galán forastero;
que en volviendo las espaldas,
si te he visto, no me acuerdo.

Ricardo Caballero.



UNO DE TANTOS

No te enamores mi niña
de moñito forastero,
que en volviendo las espaldas
si te he visto no me acuerdo.

—Zagala de lindo talle,
la de los rubios cabellos,
la de la tez nacarada,
la de los ojos de cielo,
¿dónde vas, zagalica,
dónde por estos senderos?
—Caballero, que a mi paso
salís galán y resuelto:
bajo a la fuente del valle,
que su agua en cana bebemos,
por ser más fresca, más dulce,
más clara que la del pueblo.
—¡Pero, tan sola!